

dentro del teatro, pero que como exponente de la Compañía Nacional de Teatro, nada menos, no deja de ser triste.

9 de septiembre de 1973

CARTA DE MI TÍA CAROLINA

Mi tía Carolina ha pasado los últimos sesenta y seis años de su vida, o sea todos cuantos tiene, en la calle de Miguel Barragán, cerca de San Miguelito, allá en San Luis Potosí. Desde su adolescencia le gustó el teatro, y cada vez que las compañías de doña Virginia Fábregas o de María Teresa Montoya visitaban el Teatro de la Paz, mi tía, junto con sus padres, luego con sus hermanas, luego con sus sobrinas y luego con sus amigas, ocupaba la tercera fila de butacas y gozaba lo indecible con los “fuertes” dramas de Benavente o de Echegaray, o se reía a más y mejor con las gracejadas madrileñas de los Álvarez Quintero o de Muñoz Seca. Así pasaron los años y un cacique que se adueñó del Estado durante dos décadas, mandó cerrar el hermoso Teatro de la Paz, derruirlo por dentro y reconstruirlo como una especie de mausoleo con la esperanza de ser enterrado allí cuando muriese. Muchos años estuvo en reparación el teatro y ninguna compañía teatral se acercó por las tierras tuneras. Al fin se reinauguró el salón y Pepita Embil con sus zarzuelas se convirtió en la reina de San Luis, con gran beneplácito de mi tía y de otras solteronas decentes de buenas familias que acuden a La Lonja.

Mas de pronto el público potosino, antes considerado como culto y amante del teatro, le volvió la espalda a semejante espectáculo y cuanta compañía iba al De la Paz fracasaba estrepitosamente, por lo que los empresarios borraron de sus itinerarios la patria de Manuel José Othón, y mi tía Carolina ya no tuvo oportunidad de sentarse en su amada tercera fila. Esto la tenía en prostración absoluta y pasaba sus días entre las misas de San Agustín y San Francisco, los novenarios, los triduos y las clases de catecismo. En

varias ocasiones la invité a que viniera a la capital a ver su diversión favorita, pero siempre se negaba alegando que el tren le producía mareos y que el autobús era muy peligroso porque corría a más de sesenta kilómetros por hora. Pero he aquí que de buenas a primeras mi tía Carolina, desesperada porque hacía más de cinco años que no asistía a un teatro, se armó de valor, se colocó un sombrero con un pequeño velo de tul y abordó el autobús que la trajo a la capital. Fue a muchos teatros, pero yo la notaba tristona y alicaída, aunque nunca me dijo la causa. Una noche olvidó una carta que estaba escribiendo sobre mi escritorio y no pude resistir la tentación de leerla. Era para una de sus amigas en San Luis y decía así:

“Querida Lolita: Te escribo, y que Dios me perdone, desde Sodoma y Gomorra. Mi alma no tiene ya salvación y sólo me resta pasar los pocos años que me queden en este valle de lágrimas en constante penitencia por haber visto lo que vi y escuchado lo que escuché. Dile por favor de mi parte al padre Gutiérrez que se prepare a oír mis graves pecados y que vaya preparando una enorme y feroz penitencia. Figúrate nada más que la primera obra que vi se llamó *Todos a la cama*, y asistí a ella pensando que saldría Topo Gigio, el ratoncito que da el beso de las buenas noches. No, querida amiga, nada de eso: se referían a otra cosa y sentía yo que mi rostro estallaba de vergüenza. Para que no volviera a acontecerme semejante escándalo, me fijé bien en los periódicos en los títulos de las obras, y por poco me caigo de espaldas. Las obras teatrales que se representan actualmente se llaman *Orgía privada*, *Traspaso marido*, *La picardía del sexo*, *Las señoras primero*, *Malcolm contra los eunucos*, *La maestra se emborracha*, etcétera. Comprenderás que no quise asistir a ninguna de ellas.

”Sin embargo con alegría vi que se anunciaba *Naná*, la novela de Emilio Zolá llevada al teatro, y aunque recordaba que mi papacito nunca nos dejó leer nada de ese autor porque decía que era muy fuerte, pensé que ya tendría yo edad suficiente para ver ese tipo de obras, que por más atrevidas que sean, no llegan a la vulgaridad ni al mal gusto. ¡Ay, Lolita de mi alma, no sé cómo no me dio un soponcio al estar en aquel antro de perdición! No puedo contarte con detalles lo que vi, porque sería hacerte caer en pecado a ti también y bastantes manchas tengo ya sobre mi

conciencia. Sólo puedo decirte que aquello no era *Naná* ni tenía nada que ver con Zolá, sino con el propio Satanás en persona. ¡Se desnudan, Lolita! ¡Las mujeres se desnudan y se besan! A mi edad tener que presenciar semejantes espectáculos, yo, que no me dejaron leer *Santa*, de Federico Gamboa, hasta que no cumplí los cuarenta años.

”Quedé tan impresionada que decidí tomar al día siguiente el autobús de regreso, pero revisando el periódico descubrí una serie de obras que presenta el Teatro Popular de México, y ninguna de ellas tenía títulos escandalosos, de manera que pospuse mi viaje. Cerca de la casa de mi sobrino (quien se va a ir al infierno con todo y zapatos) estaba un teatro donde presentaban una obra que se llama *El tuerto*, y pensé sería un buen drama sobre un pobre hombre que carece de un órgano visual. ¡Cuán equivocada estaba! Aparecen tres hombres semidesnudos, muy malos actores, que gritan y gritan un lenguaje incomprensible y que se supone son esclavos romanos, o gladiadores, o algo así, pero hablaban como los muchachos de los años cuarenta, con expresiones y giros de lenguaje que hacía mucho tiempo no escuchaba. Luego sale una mujer semidesnuda y luego un tuerto que nunca supe si quería ser el Mesías o el pirata Barbarroja, y hablan, y hablan, y gritan, y gritan, brincan y brincan, y por fin cae el telón sin que ninguna de las doce personas que estábamos en el teatro hubiésemos entendido una palabra.

”Ya no sabía qué hacer, pero mi afición al teatro es tanta, que me resolví a ir una vez más, aunque ahora muy segura de lo que iba a ver. Tú sabes cuánto me ha gustado siempre Sor Juana Inés de la Cruz, y cómo he admirado a tan preclara mujer, de modo que me dirigí una noche hasta el convento de Churubusco, que es una belleza, a ver una obra que se llama *Las confesiones de Sor Juana*. Ya me chocaba ver a Sor Juana en el claustro de un convento de los dieguinos, pero condescendí a pensar que era una licencia teatral y poética. A mí me hubiese gustado más que esa obra se presentara en San Jerónimo, aunque fuese dentro de la iglesia si el claustro está muy destruido, pero en fin, te digo que perdoné la irreverencia. El pequeño claustro de Churubusco es una maravilla, pero es tan chico que apenas cabíamos el público y los actores. ¡Lolita de mi corazón! Si Sor Juana viese

esta obra sobre su existencia, habría preferido no venir a este mundo. ¡Pobrecita, ella que tanto sufrió en su época al no ser comprendida, sigue sin serlo después de trescientos años de su nacimiento!

”La autora de la obra cae en todos los lugares comunes más obvios que se han venido repitiendo por los ignorantes desde el siglo pasado. Ya sabrás a qué me refiero: a que Sor Juana tuvo un romance con un caballero en la corte virreinal y que por ello se retiró a un convento. Y todo eso nada más para que pueda recitar su “Aparta, sombra de mi bien esquivo”. Se entera que fue hija natural sólo para que pueda recitar sus “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón”. Dizque se enamora del caballero nada más para poder recitar “Esta tarde mi bien cuando te hablaba”, y así todo lo demás. Su confesor, el padre Miranda, es una especie de fantasma sombrío que la ronda como ave de mal agüero. La madre superiora del convento es la villana de la obra y sólo le faltan los bigotes de Don Pompeyo. Las monjitas corretean por el claustro como anuncio de rompopo, y la virreina es el hada buena con una varita mágica. ¡Cuánta falsedad en todo, Lolita! ¡Qué desconocimiento del mundo virreinal! Y mira que según me dice mi sobrino Luis, esta obra ahora está mucho mejor que cuando se estrenó hace años, porque está mejor dirigida y mejor actuada. ¡Cómo estaría antes!

”Estoy decepcionada del teatro, de la capital y de la vida misma. No cabe duda que el teatro ya no le interesa a nadie, ni siquiera a los que se dedican a hacerlo. Regreso a mi casa dispuesta a no volver jamás a sentarme en una butaca de un teatro. Que Dios me perdone por lo que vi y que los perdone a ellos por lo que hacen o deshacen. Antes de abordar el autobús le daré un merecido paraguazo en la cabeza a mi sobrino por dedicarse a criticar algo que ya **no** existe, como es el buen teatro. Te abraza y espera verte pronto, tu amiga frustrada

Carolina.”

28 de octubre de 1973